

LAS RELACIONES ANGLO-HISPANAS EN EL PRIMER SEMESTRE
DE LA «GUERRA CALIENTE»

La misión diplomática de sir Samuel Hoare

I

Sólo en el año 1977 han podido los españoles leer las memorias que escribió sir Samuel Hoare, embajador en España desde 1940 hasta 1944¹, acontecimiento digno de notar porque uno de los protagonistas del libro habló durante más de una hora en su presentación. Este actor fue el ministro de Asuntos Exteriores durante los meses cruciales de la embajada de Hoare. En su discurso, el señor Serrano Súñer declaró que sir Samuel tuvo que venir a España

«... porque se le quiere barrer de la política inglesa. Es un hombre detestado»².

Era, según Serrano, un resentido

«... que quiere realizar cosas extraordinarias para asombro de Londres. No es propiamente un embajador, es un agitador, un conspirador».

Acusa Serrano a Hoare de que

«malignamente agrandó el mecanismo» (de control sobre las materias primas que la marina inglesa dejaba a España importar).

Añadió el señor Serrano que Hoare volvió a Inglaterra después de su misión

«fracasado y resentido».

¹ *Ambassador on Special Mission*, London (Collins), 1946. *Embajador ante Franco en misión especial*, Barcelona (Sedmay), 1977. Las citas en este artículo son de la versión inglesa.

² *La Vanguardia Española* (Barcelona), 22 de abril de 1977.

En otra ocasión, el historiador Ricardo de la Cierva adjetiva a Hoare como

«egocéntrico y desorientado».

y se refiere a sus «alucinaciones»³.

Si fuera sólo por esas acusaciones, sería importante examinar los hechos en los documentos originales y esforzarse por llegar a una conclusión serena.

Esencial preliminar sería estudiar en algún detalle las relaciones anglo-hispanas en los meses cruciales desde el final de la «Guerra Fría», en mayo de 1940, hasta lo que parece ser la decisión hitleriana de abandonar sus frustrados planes en Occidente y dictar, en diciembre de 1940, la orden de atacar Rusia. En el centro de estas relaciones se encontraba sir Samuel Hoare. El personaje y los acontecimientos son íntimamente ligados; nuestro examen, entonces, servirá quizá para aclarar motivos y situaciones. Para hacer esto necesitamos primero conocer la carrera de Hoare y el momento de su vida en que se le nombra embajador en Madrid, en mayo de 1940, mes trascendental para Inglaterra y de decisión para España.

II

Sir Samuel —disfruta del título heredado de su padre— era de familia anglo-católica arraigada en el condado de Norfolk⁴. Se dedicó a la vida pública y al partido conservador, en el cual practicó desde el principio una actitud progresista. Se casó con lady Maud, señorita de estirpe aristocrática, la cual trabajaría firmemente a su lado durante toda su carrera. Desde 1910, Hoare es diputado para Chelsea, barrio de categorías sociales muy mixtas en aquella época y que siguió representando, ganando cada elección, hasta su elevación en 1944 a la Cámara de los Lores.

Convaleciendo de una enfermedad en 1914, Hoare empieza a estudiar ruso, lo cual en 1916 le lleva al Servicio de Información Militar en Petrogrado, donde trabaja en asuntos reservados y apoya, en la medida de lo posible, a los *Cadets*, cuya política Hoare juzga mejor para la finalidad de mantener a Rusia en la guerra. Transferido a

³ R. DE LA CIERVA: *Francisco Franco, un siglo de historia*, Madrid (Editora Nacional), 1973, tomo II, p. 235.

⁴ Los detalles biográficos son sacados de J. CROSS SAMUEL HOARE: *A Political Biography*, London (Cape), 1977. Los papeles particulares de HOARE se encuentran en la Biblioteca Universitaria de Cambridge, en la colección intitulada «Templewood Papers».

Italia cuando la crisis de Caporetto, al final de 1917, Hoare ayuda a los grupos pro bélicos, financiando el periódico socialista *Popolo d'Italia* y a su director, Benito Mussolini. Vuelto a Inglaterra, participa en la famosa rebelión conservadora de 1922 contra la coalición con los liberales y abre paso al primer gobierno independiente conservador en diecisiete años. Recibe entonces su primera cartera, la de ministro del Aire en el gobierno de Bonar Law.

Sigue una ininterrumpida carrera de éxitos durante trece años. Como ministro del Aire protege la integridad de la joven Royal Air Force y estimula la aviación civil, inaugurando él mismo el vuelo a la India. Es durante esta época que entabla amistad con el ministro Neville Chamberlain, en cuyo Consejo de Ministros entrará más tarde y con quien estará indisolublemente ligado en la memoria popular.

El político de carácter más dominante de la época, aunque—y quizá por eso—se le apartó de la política durante quince años, fue Winston Churchill, el Churchill que ofrecería a Hoare la embajada de Madrid. Hay autores que dicen que el mandar a Hoare a Madrid y no darle un papel político en Inglaterra se debió a la enemistad engendrada entre los dos por la larga batalla que sostuvieron siendo Hoare ministro para la India en el gobierno de concentración de 1931⁵. Hoare presentó a los Comunes el anteproyecto para la nueva Constitución de la India, la cual liberalizó el sistema gubernamental. Defendió su proyecto con un valor, una persistencia y control de detalle sin par, llegando a contestar ante las comisiones parlamentarias más de 10.000 preguntas⁶. En la cumbre de su carrera, es ahora que la suerte le es adversa. Hoare aceptó la cartera de Asuntos Exteriores de manos de Baldwin en 1935, aunque hubiera podido aceptar el virreinato de la India. Hace esto porque calcula que una etapa en el Foreign Office le ayudará más en su ambición de ocupar la poltrona del presidente del Consejo. Más tarde, en el ambiente acalorado política y climáticamente de Madrid, añorará los frescos salones y la inmensa autoridad del palacio virreinal de Nueva Delhi.

El apellido Hoare sugiere automáticamente el pacto Hoare-Laval. Fundamentalmente, la política exterior británica tenía que cabalgar sobre diferentes monturas que se dirigían en varias direcciones. Cuando Italia atacó a Abisinia en 1935, la opinión pública exigía la puesta en función de los poderes de sanción de la Sociedad de Naciones. Pero el público inglés, y sobre todo la opinión laborista, no estaba a

⁵ Las referencias se encuentran en Cross, p. 172.

⁶ Los años 1931-1940 son tratados por el mismo HOARE en su obra *Nine Troubled Years*, London (Collins), 1954.

MICHAEL ALPERT

favor de invertir fondos en armamentos, sino en la obra social que tanta falta hacía en la Inglaterra de la Gran Depresión. Además, la política exterior exigía la retención de Italia en el llamado Pacto Stresa, con Francia y Gran Bretaña, y no provocar a Mussolini tanto para que buscara amistad con Hitler. Gran Bretaña podía actuar contra Italia sólo en la medida en que Francia lo consintiera. Francia, más que nada, deseaba paz con Alemania. Por eso, provocar a Mussolini era inadmisibles. Entonces Hoare y el francés Laval firmaron un acuerdo para permitir a Italia apoderarse de grandes extensiones de Abisinia. Pero cuando se reveló la decisión en los diarios franceses que buscaban poner en vilo a Laval, la ola de protestas fue tan grande que Hoare tuvo que dimitir. Estaba enfermo y veía su carrera en ruinas. Cuando se lee la historia de los acontecimientos, la injusticia es evidente. Hoare había seguido el sentido de la decisión del Consejo de Ministros del 2 de diciembre de 1935, es decir, actuar en tándem con Francia y evitar la guerra⁷. Quizá era ésta una política equivocada, pero el mismo Churchill, tan enemigo del «apaciguamiento» de los dictadores, escribió años después:

«Dije que creía que el ministro de Asuntos Exteriores tenía razón al apoyar a la Sociedad de Naciones contra Italia sólo en la medida en que le apoyaría Francia»⁸.

El que Baldwin se daba cuenta de que Hoare era una personalidad política que no podía ser descartada resulta claro cuando, seis meses más tarde, en junio de 1936, le nombra primer lord del Almirantazgo. Y es aquí que, por primera vez, Hoare tiene que ocuparse de cosas de España.

III

Las simpatías de Hoare por los militares sublevados el 18 de julio de 1936 le llevaron a cursar órdenes a los buques de la Marina Real, atareados en evacuar a ciudadanos británicos desde puertos republicanos, en el sentido de que también evacuaran a simpatizantes nacionales que se encontrasen en peligro. Durante su embajada, Hoare recordaría a Franco que la Marina Real había evacuado a más de 50.000 refugiados pro franquistas⁹. Hoare se opuso al plan propuesto por el ministro de Asuntos Exteriores, Eden, según el cual la Marina

⁷ Cross, pp. 237-240.

⁸ W. S. CHURCHILL: *The Gathering Storm*, Boston (Houghton Mifflin), 1948, p. 169

⁹ Hoare a Franco, 23 de agosto de 1943, en «Templewood Papers», XIII, 5.

Real bloquearía todas las costas españolas, plan que hubiera impedido la llegada de armamentos italianos y alemanes a Franco¹⁰. Sobre la cuestión de si la Marina Real tenía la obligación de proteger contra el bloqueo nacional a los barcos mercantes ingleses que traían comestibles al asediado Bilbao de abril de 1937, Hoare respaldaba la posición franquista, refiriéndose en sus notas a «la izquierda histórica» y al convencimiento equivocado de Eden de que Franco era «nuestro enemigo»¹¹. En otro lugar escribe que había

«historias verificadas de horribles atrocidades»¹².

No puede haber duda, entonces, que Hoare disfrutaba de antecedentes muy favorables para representar a su país ante el nuevo Estado español.

Cuando en mayo de 1937 se produce una vacante en el Home Office (Gobernación), Chamberlain se lo ofrece a Hoare, quien pasa a dedicarse a establecer organismos de defensa civil para la venidera guerra, pilota por los Comunes una ley sobre condiciones de trabajo y se inmersa en un tema tradicional en su familia desde los días de una remota antecesora: Elizabeth Fry. Es la reforma penitenciaria.

La cartera de Gobernación es el ministerio de más categoría en Inglaterra. Hoare forma parte del grupo íntimo de Chamberlain con Simon, de Finanzas, y lord Halifax, de Asuntos Exteriores, desde la dimisión de Eden en febrero de 1938. Es inevitablemente asociado con la política de apaciguamiento de los dictadores, la llamada política de Munich.

Cuando estalla la guerra mundial, Chamberlain le ofrece a Hoare una cartera en su «Gabinete de Guerra». Pero debe dejar el Home Office. Vuelve al Ministerio del Aire en abril de 1940. Pero en el debate que siguió a la desastrosa intervención inglesa en Noruega es duramente censurado por la oposición y le sobreviene un pesimismo que a menudo parece atacar a los hombres que son, a la vez, muy vitales y muy sensibles.

«Ese no es sólo el último discurso que haré como ministro, sino también el último que haré como diputado en los Comunes.»

le dice a lady Maud camino de su casa¹³.

¹⁰ A EDEN: *Facing the Dictators*, London (Cassell), 1962, pp. 435-436.

¹¹ «Templewood Papers», IX, 3.

¹² «Templewood Papers», IX, 2.

¹³ *Nine Troubled Years*, p. 431.

MICHAEL ALPERT

Entonces, cuando Churchill forma su primer gobierno el 10 de mayo de 1940, Hoare se encuentra, por primera vez casi en su carrera, un sencillo diputado. Dentro de tres semanas, empero, fue nombrado embajador en España. ¿Cuál es la razón por la cual se le nombra a él? Para esto hemos de considerar el momento de las relaciones entre Gran Bretaña y España.

IV

«Fue en ese momento que (yo) había ofrecido gustosamente a un antiguo colega, desplazado por los cambios ministeriales, una nueva esfera de responsabilidad, para la cual sus dones y temperamento eran idóneos»¹⁴ (W. S. Churchill).

Para los intereses estratégicos británicos, España tenía que ser amistosa o por lo menos neutral, ya que sus costas gobernaban la ruta imperial al cabo de Buena Esperanza y la vía marítima por Gibraltar al Mediterráneo hacia Suez y la India. La política inglesa hacia España en el momento de ser nombrado Hoare era, en palabras de lord Halifax al corresponsal de ABC, la de

«mantener y desarrollar relaciones amistosas, las cuales no dependen de la forma de gobierno que tenga España»¹⁵.

Esta declaración blanda cubría, por supuesto, una situación muy tirante. Por un lado, España necesitaba urgentemente grandes importaciones de materias primas y comestibles, las cuales, en tiempo de guerra, sólo podía adquirir si Gran Bretaña toleraba que las trajera. Pero, por otro lado, los tradicionales antagonismos entre el nacionalismo español e Inglaterra se habían agravado a raíz de la guerra civil y la prensa hostil que recibía el régimen español en Gran Bretaña. El ministro de la Gobernación y más tarde ministro de Asuntos Exteriores, Ramón Serrano Súñer, personificaba este antagonismo. Según él, había que partir del cambio en el viejo esquema de dependencia sobre las democracias, su dureza y su egoísmo¹⁶. Aunque la política de la no intervención en la guerra civil había, según la creencia general, penalizado a la República más que a los nacionales, el hecho de que Gran Bretaña hubiese, entre otras cosas, protegido sus barcos cuando llevaban comestibles a puertos republicanos, retenido

¹⁴ *History of the Second World War*, London (Cassell), tomo 11, p. 459.

¹⁵ *The Times* (London), 23 de mayo de 1940.

¹⁶ R. SERRANO SÚÑER: *Entre les Pyrénées et Gibraltar, dix ans de politique espagnole*, Ginebra (Bourquin), 1947, pp. 115-122.

a los niños vascos refugiados cuando el duque de Alba exigió que fueran devueltos a España, motivó una seria tirantez de relaciones entre la nueva España y Gran Bretaña¹⁷.

El primer año después de la guerra civil fue, entonces, muy difícil para las relaciones entre los dos países. Tampoco tenía el embajador, sir Maurice Peterson, nombrado después de reconocer Inglaterra a Franco el 27 de febrero de 1939, las raras dotes precisas para tratar con la nueva y falangizada Administración. Este año fue dedicado a restablecer los contactos comerciales rotos durante la guerra y a sentar las bases financieras y el *clearing* sobre un fundamento sólido. Cuando estalló la guerra mundial, una misión inglesa visitaba España, y el 1 de marzo de 1940, después de penosas negociaciones, se firmó un acuerdo comercial-financiero. Pero, a la vez, las exigencias de la situación hicieron que Gran Bretaña impusiera el sistema de *navicerts* sobre el comercio de los países neutrales¹⁸.

El verdadero comienzo de la guerra «activa», en contraste con la llamada «guerra tonta» desde septiembre de 1939 hasta mayo de 1940, fue el ataque alemán sobre Dinamarca y Noruega, el cual condujo a la llegada de Churchill al poder del 10 de mayo. El mismo día fuerzas alemanas invadieron Holanda y Bélgica, tardando poquísimos para irrumpir en Francia.

De repente, la posición española subió al primer plano de la importancia. Era vital hacer lo imposible para que España no atacase a Francia y no dejase a los alemanes entrar en España ni tener facilidades allí. Había que poner en moción los acuerdos comerciales negociados, a pesar de las fricciones causadas por el control naval. Para eso hacía falta un embajador de diferente talante del de Peterson, el cual en repetidas ocasiones dio indicios de su incapacidad e impaciencia cara a las provocaciones que recibía de los nuevos jefes falangistas.

V

La cuestión de por qué a Hoare se le mandó a España es difícil y tendenciosa. Peterson creía que no había posibilidad de que España tomara parte en la guerra¹⁹, demostrando así la necesidad de la pre-

¹⁷ Véase M. ALPERT: «Los niños vascos en Inglaterra», en *Sábado Gráfico* (Madrid), 21 de mayo de 1975, y «Gran Bretaña y el bloqueo de Bilbao», en *Historia y Vida* (Barcelona), número 104, noviembre 1976.

¹⁸ Véase M. ALPERT: «Las relaciones hispano-británicas en el primer año de la posguerra», en *Revista de Política Internacional* (Madrid), núm. 147, septiembre-octubre 1976, pp. 13-29.

¹⁹ Sir M. PETERSON: *Both sides of the curtain*, London (Constable), 1950, p. 229.

sencia de un embajador menos tranquilo, pero también alega que tuvo que dejar el cargo para proporcionarle un empleo a Hoare²⁰. Sin embargo, hay suficiente evidencia para dejar claro que Hoare no fue nombrado para buscarle un empleo ni para ausentarlo de Inglaterra, sino por razones muy sensatas. Un documento del Foreign Office nota que Peterson

«parecía estar enemistándose (*falling foul of*) las autoridades españolas»²¹.

En la reunión del Gabinete de Guerra del 15 de mayo, lord Halifax, secretario para Asuntos Exteriores, propuso enviar a España

«alguna figura sobresaliente de la vida pública para mantener nuestro prestigio».

Pensaba que se podía invitar a sir Samuel Hoare a aceptar esta misión. Halifax pudo informar al Gabinete tres días más tarde que Hoare había aceptado ir. El 23 comunicó que se había recibido el *placet* del Gobierno español²². ¿Cómo explicar, entonces, el increíble ataque de Cadogan, subsecretario de Asuntos Exteriores, que Serrano Súñer cita?²³

Sir Alexander Cadogan, subsecretario de Asuntos Exteriores desde 1938 hasta 1946, escribe en su diario del 19 de mayo:

«Sam (Hoare) vino a las seis, dice que Bracken (secretario particular de Churchill) había venido con un mensaje urgente diciéndole que debe ir a España en seguida. Esto es contrario a lo que H(alifax) me dijo... Halifax me dijo que había mencionado el asunto en el Consejo de Ministros y que Churchill le había dicho que no corría prisa... WSC (Churchill) dijo que no había enviado ningún mensaje a Sam... Bracken negó que hubiese llevado un mensaje. El muy asqueroso (*dirty little dog*) tiene miedo y quiere huir. Y todos quieren desembarazarse de él y acuerdan mandarle. Es duro para Peterson y difícil de arreglar pero, con tal de que no lo vea más a Sam, no me importa lo que pase.»

El 20 de mayo, Cadogan escribe:

«... un aspecto bueno. Hay muchos alemanes e italianos en Madrid y gran posibilidad de que SH fuese asesinado. ... Para hacer conversación les (a los Hoare) dije:

²⁰ PETERSON, p. 231.

²¹ CROSS, p. 322.

²² *Ibid.*

²³ *La Vanguardia Española* (Barcelona), 30 de marzo de 1977.

—Debe ser difícil adaptarse tan de repente a vivir en un nuevo país.

Dijo ella:

—Puede ser que sea más fácil que adaptarse a vivir en un viejo país en nuevas condiciones.

Eso es. Las ratas abandonan el barco... El será el Quisling (el jefe del gobierno títere de Noruega) de Inglaterra cuando Alemania nos venza»²⁴.

Sabemos que Hoare había aprendido antes del 18 de mayo que se le iba a confiar la misión. Entonces a lo más fue culpable de anunciar su salida de forma prematura. Lo más importante es cómo explicar el comentario de Cadogan. Ni el presentador del diario ni el biógrafo de Hoare, ambos distinguidos catedráticos, encuentran explicación racional por este ataque,

«el cual ha dejado completamente perplejos a cuantos conocían a los dos»²⁵.

Comentaremos que el supuesto deseo de Hoare de huir de Inglaterra mal se compagina con el mayor peligro de Madrid y aún peor con la supuesta posibilidad de que Hoare encabezaría un gobierno títere bajo la autoridad de los futuros invasores alemanes. Y cuando lady Maud se refirió a lo difícil de vivir en un viejo país bajo nuevas condiciones, quizá hablaba de Inglaterra y un sir Samuel sin cartera, pero parece más probable que pensaba en España, país al cual la descripción cuadraba muy bien. Sólo podemos explicarnos el comentario de Cadogan por la enorme tensión del momento y el hecho de que la presencia de Hoare les recordaba a todos, y quizá a Cadogan también, su parte en la política de apaciguamiento de los dictadores.

En vista de lo que escribió Churchill (véase *supra* a la cabeza de la sección), es muy posible que el *premier* británico insistiese para que Hoare fuera a España, aunque quizá no en el momento que cita Cadogan. En efecto, el 28 de mayo Hoare le escribe a lord Beaverbrook, el millonario canadiense, propietario del diario *Daily Express* y sostén financiero de Hoare en su carrera, en estos términos:

«Esperamos estar aquí (en la costa de Norfolk) hasta el domingo próximo»²⁶.

²⁴ *The Diaries of Sir A. Cadogan* (Ed. Dilks), London (Cassell), 1971, p. 286.

²⁵ Cross, pp. 397-398, nota 57. Dilks, catedrático de Historia Internacional, me comunicó el 13 de julio de 1977: «Cadogan no tenía pelos en la lengua cuando hablaba de las personas con quienes trataba; pero la referencia a Hoare de mayo de 1940 no se debe tomar como opinión fija.»

²⁶ «Beaverbrook Papers» (House of Lords Record Library, London), Hoare Correspondence.

es decir, cinco días más. Pero el 29 le manda una carta de despedida. Entonces ha debido ser llamado de repente en vista de la situación militar.

Consulta, entre otros, a Neville Chamberlain, aquejado de una enfermedad fatal, y al almirante Phillips, que perdería la vida al ir a pique su buque insignia poco tiempo después. Todos le instan a que acepte la misión y haga lo que sólo él, con su larga experiencia, su prestigio, su conocida preferencia por los sublevados en la guerra civil y su experiencia en Rusia e Italia, puede hacer: impedir la entrada de España en la guerra al lado del Eje y hacer eso a la vez que la Marina Real controla el comercio exterior de España²⁷.

En definitiva, podemos decir que Hoare fue nombrado porque tenía las dotes perfectas para su misión. No quería ir a España ni dejar Inglaterra²⁸. Pero iba muy bien recomendado.

El duque de Alba, representante de España en Londres, alabó a Hoare en una carta dirigida al coronel Beigbeder, ministro de Asuntos Exteriores, hablando de su prestigio y su reconocida simpatía por la España nacional:

«Va lleno de ilusiones y dispuesto a hacer cuanto humanamente pueda hacerse por facilitar las relaciones entre ambos países»²⁹.

No así la prensa española, que el día después de anunciado el nombramiento observó que Hoare había sido nada menos que director del Servicio Secreto Británico en Rusia e Italia, a lo que el Foreign Office minutó que el comentario debía de ser inspirado por los alemanes³⁰.

Puede ser también significativa que cuando Hoare presentó sus cartas credenciales, Franco le dirigió la palabra en francés³¹. Esta recepción contrastó con la ofrecida a Peterson, quien se había preparado para cambiar pareceres en francés y se encontró con un Franco que insistía en hablar castellano, por lo cual Peterson tuvo que acudir a su agregado militar para hacer de intérprete³². Por consiguiente, podemos concluir que Hoare disfrutó de una recepción muy cordial.

²⁷ HOARE: *Ambassador on Special Mission*, pp. 14-16, y *My Third Mission (Mi tercera misión)*, libro que no llegó a editarse y que se conserva en manuscrito entre los «Templewood Papers», XIII, p. 1. Cross, p. 325.

²⁸ «Siento esta mañana como si me iba desterrando», carta de HOARE a BEAVERBROOK del 29 de mayo de 1940 («Beaverbrook Papers»).

²⁹ Citado por R. RODRÍGUEZ-MOÑINO SORIANO: *La misión diplomática de don Jacobo Stuart Fitzjames y Falcó, Duque de Alba*, Valencia (Castalia), 1971, p. 91.

³⁰ Archivos del Foreign Office C6496/6013/41 (Public Record Office).

³¹ Foreign Office C5920/824/41.

³² PETERSON, p. 183. George Hills, biógrafo de Franco, me comunica en carta del 27 de febrero de 1976, «que los jefes de Estado españoles insistían en estas funciones en hablar

VI

Mientras tanto, ¿cuáles eran las relaciones entre Alemania y España? ¿Con qué se enfrentaba Hoare? ¿Qué indicios había de cuál sería la actitud de Franco al llegar los alemanes a los Pirineos? El interés alemán en la victoria franquista en la guerra civil no necesita explicación. Estratégicamente, controlar el Atlántico oriental y el Mediterráneo occidental tenía importancia trascendental para el Eje³³.

Sin embargo, existían ya varios indicios de que España no entraría en una futura guerra al lado de Alemania. Aquí el documento «clave» es el célebre Memorandum Hossbach, cuenta rendida de una conferencia entre Hitler, sus jefes militares, Goering y Neurath, ministro de Asuntos Exteriores, el 5 de noviembre de 1937³⁴. En ella, Hitler declaró que le interesaba no terminar la guerra en España hasta que Alemania hubiese terminado de absorber a Austria y a Checoslovaquia. Como se ve, era un maquiavelismo igual al que empleaban los rusos al desear emplear la guerra española para convencer a las democracias de la necesidad de la seguridad colectiva. Ahora bien, el memorándum llegó a manos del almirante Canaris, jefe del Servicio Secreto, el *Abwehr*³⁵. Es conocida la equívoca posición de Canaris sobre España y su ulterior ejecución por Hitler. ¿Es inverosímil que Canaris comunicara este punto a Franco, quien desde ese momento sabría que poco, en verdad, le debía a Alemania?

Samuel Hoare no podía saber esto, pero sí lo siguiente. Retrocedamos al otoño de 1938 y consideremos la posición francesa. En septiembre se soluciona la crisis checoslovaca, pero el futuro conflicto con Alemania se vislumbra con claridad. Igualmente, Franco está ganando la batalla del Ebro. Si consigue cruzar el río, si entra en Cataluña, llegará en poco tiempo a la frontera. Y aquí varias fuentes llevan a pensar que Francia amenazó con intervenir en Cataluña, o prometió cortar el abastecimiento de armas a la República, con la finalidad de asegurar de una manera u otra la futura neutralidad de

castellano»; de modo que HOARE fue muy favorecido. No lo menciona. A lo mejor no se dio cuenta.

³³ Véase comentario de SCHWENDMANN, jefe de la División Política III del Ministerio de Asuntos Exteriores, en *Documents on German Foreign Policy*, series D, tomo 3, London (HMSO), 1951, núm. 676 (en adelante, GD).

³⁴ GD, tomo I, núm. 19.

³⁵ A. BRISSAUD: *Canaris, la guerra española y la segunda guerra mundial*, Noguer (Barcelona), 1972, p. 100; aunque BRISSAUD asegura que fue von Beck, jefe del Estado Mayor Central, quien le dio el informe a Canaris, y Beck no parece haber estado en la reunión.

MICHAEL ALPERT

España³⁶. El documento más claro sobre este tema es el telegrama del embajador alemán ante Franco, Stohrer, fechado el 28 de septiembre de 1938, donde informa que Inglaterra y Francia habían preguntado al conde de Jordana, ministro de Asuntos Exteriores, y a los embajadores españoles oficiosos en Londres y París sobre las intenciones de España en la ocasión de una guerra europea. A Alba, según Stohrer, le habían dicho en el Foreign Office que, a consecuencia de unas conversaciones habidas en Londres, los franceses habían decidido atacar en los Pirineos y en Marruecos en seguida de declarada la guerra, si Franco no declarase la neutralidad³⁷. Ahora bien, Hoare, como ministro del gobierno, sabría esto y ciertamente habría estudiado los documentos antes de marcharse.

VII

Vamos a tratar de seguir los primeros pasos de Hoare en Madrid. En los desesperados días del final de mayo de 1940, Hoare tuvo que reunir su información sobre España con la mayor prisa posible. No se puede decir que fuera a Madrid ignorante. Había seguido todas las peripecias de la guerra civil desde el Consejo de Ministros y había intervenido en asuntos navales como primer lord del Almirantazgo en los primeros diez meses del conflicto. Se armó de documentación experta de historiadores y en especial de un *aide-mémoire* de Bernard Malley, el hispanista secretario de la Embajada y —en palabras de Serrano Súñer—

«el más competente especialista en los problemas de España... de cuantos tenía el imperio británico»³⁸.

Hoare fue a Madrid a sabiendas de los riesgos que seguía. Aunque sir Robery Hodgson, el ex representante inglés en Burgos y autor de un libro muy favorable a la nueva España, se ríe de los temores que tenía Hoare de ser secuestrado, estos temores eran bien fundados y Hoare tenía que ir «especialmente protegido»³⁹. Otros problemas con los que se encontraba fueron los de seguridad y moral. El prestigio de Inglaterra era bajo en vista de sus derrotas y de la propaganda

³⁶ GD. Series D, tomo III, núms. 658 y 688.

³⁷ GD. Series D, tomo III, núm. 666.

³⁸ R. SERRANO SÚÑER: «Puntualizaciones a un viejo libro» (*sic*), en *La Vanguardia Española*, 30 de marzo de 1977.

³⁹ Sir R. HODGSON: *Spain Resurgent*, London (Hutchinson), 1953, pp. 164-165, y «Templewood Papers», XIII, 1, 27 de mayo de 1940; carta a Sir A. Duncan.

alemana. La misma Embajada estaba en mal estado y Hoare escribió varias veces quejándose de las condiciones físicas en las que tenía que trabajar y de la seguridad interior, con las dependencias de la Embajada en varios sitios.

Además, había el problema de manutención en una situación de escasez de alimentos. Hoare tenía que gastar fondos en el transporte de víveres desde Portugal y en recepciones para llevar un alto nivel de actividad pública. En el primer mes gasta mil libras y se queja del «ambiente» victoriano de la Tesorería y del Foreign Office londinenses. Es bajo esta luz que se debe juzgar su preocupación por las menudencias de la «vajilla», señaladas por Ricardo de la Cierva⁴⁰.

Hoare tenía como agregado naval al capitán de navío Hillgarth, el mismo que fue instrumental en febrero de 1939 en organizar la rendición de Menorca⁴¹. Del *status* de Hillgarth pueden sacarse conclusiones evidentes, puesto que llegó a ser director de Información Naval en el teatro oriental de guerra. El 2 de junio, casi sin dejar a Hoare orientarse, Hillgarth le escribe una carta con varios consejos. La Embajada es derrotista, le falta agresión en su propaganda. No son queridos en España. Se debe seguir la política de insistir ante Londres que España siga importando lo que necesita, pero no permitir que este país presurice a Inglaterra. Hoare coincidió con estas ideas.

Estas primeras dos semanas fueron de gran dificultad, hasta de desesperación. El día 4 de junio terminó la evacuación del ejército inglés desde las playas de Dunquerque; el día 10 entró Italia en la guerra; el 12, España cambia de «neutral» a «no beligerante», pasando en seguida a ocupar Tánger. Hoare confía a su amigo lord Beaverbrook, en palabras que nunca empleó en sus comunicaciones oficiales ni en sus memorias:

«... terriblemente aislado... si hubiera sabido de las dificultades de este lugar, nunca hubiera venido. Todo el mundo en Londres suponía que las cosas iban bien aquí y que sólo hacía falta alguien presentable como yo para mantener a todos en buen humor. Nada más lejos de la verdad. Los alemanes están en todas partes y están cada vez más agresivos.»

Sigue diciendo que todos creen que Hitler ganará la guerra, que la Embajada inglesa es impopular, que los alimentos están caros y difíciles de adquirir, y que no puede moverse sin guardaespaldas⁴².

⁴⁰ «Templewood Papers», XIII, 6, R. de la Cierva, p. 234.

⁴¹ Véase M. ALPERT: «La diplomacia inglesa y el fin de la guerra civil española», en *Revista de Estudios Políticos* (Madrid), abril 1975, pp. 53-92.

⁴² «Beaverbrook Papers», 6 de junio de 1940.

MICHAEL ALPERT

En una carta a Churchill de Hoare, del 12 de junio de 1940, el embajador analiza su papel como el de dar armas a las facciones de la posguerra española que no querían inmiscuirse en otro conflicto⁴³. Su táctica, admirablemente apropiada para una época en la cual los procedimientos diplomáticos no eran adecuados, consistió, en palabras suyas,

«en cazar a personalidades importantes durante cócteles y comidas interminables»⁴⁴.

Eran los únicos métodos efectivos. Conocía a la mayoría de los ministros personalmente por haber desarrollado un programa de visitas. En un momento de optimismo, escribe a Beaverbrook:

«Me estoy convirtiendo en el centro del movimiento contra la entrada de España en la guerra.»⁴⁵.

y el 5 de julio asegura a lord Halifax:

«Estamos ahora sin duda en el centro del cuadro y de las conversaciones en Madrid»⁴⁶.

Característicamente, quizá, en el momento de salida de Inglaterra, el legado apostólico en el Reino Unido, Mgr. Godfrey, escribió una carta al nuncio en Madrid, Mgr. Cicognani, señalando a Hoare como destacado miembro de la «Alta Chiesa d'Inghilterra (*sic*)»⁴⁷. Aquí se ve la influencia de Bernard Malley, que opinaba que Franco intimaba más con Cicognani que con el episcopado español y que este sería un buen vehículo para fortalecer la decisión de Franco de no entrar en la guerra. Malley subrayaba que la jerarquía española no aprobada la participación italiana en el conflicto⁴⁸. Debidamente Hoare visitó a Mgr. Cicognani. Esto no pasaría de ser un contacto meramente formal, a no ser que en otro documento, fechado el 4 de abril de 1944, pero que parece datar de antes, Malley se enorgullece de haber dado luz a una organización para hacer circular los sermones de obispos antinazistas por mediación de «arciprestes y abades» y también por lo que Malley llama «sacerdotes viajantes»⁴⁹. Como escribió Hoare al arzobispo de Cantorbery el 29 de mayo de 1942, los obispos españoles estaban de acuerdo en la necesidad de combatir el racismo nazista⁵⁰.

⁴³ «Templewood Papers», XIII, 10. Las «armas» a esta altura, son metafóricas.

⁴⁴ «Templewood Papers», XIII, 18.

⁴⁵ «Beaverbrook Papers».

⁴⁶ «Templewood Papers», XIII, 20.

⁴⁷ «Templewood Papers», XIII, 1.

⁴⁸ «Templewood Papers», XIII, 12 del 14 de junio de 1940.

⁴⁹ «Templewood Papers», XIII, 7.

⁵⁰ «Templewood Papers», XIII, 20.

VIII

Prosiguiendo su rueda de visitas, Hoare hizo buenas migas con Varela, ministro de la Guerra, cuando le vio el día 14 de junio, y con Beigbeder, ministro de Asuntos Exteriores, que aseguró a Hoare el 18 de junio de la neutralidad española. Ya sabemos la actitud de Beigbeder por una declaración que hizo a José María Doussinague, director-general de Política Exterior, el 20 de abril de 1940.

«He hecho saber a Francia, Italia e Inglaterra que cualquier intento de violar nuestro territorio lo contestaríamos acudiendo a las armas»⁵¹.

Esta declaración podía, por supuesto, significar una amenaza a Inglaterra también, y Doussinague no indica si esta decisión fue comunicada a Alemania.

Hoare intimó con Beigbeder. Describe vívidamente su pequeño despacho:

«Extraordinarias escenas cuando, en medio de una conversación de alta política, empezaba Beigbeder un cante árabe leyendo un Corán iluminado»⁵².

En una carta a lord Halifax, Hoare comenta el «fácil optimismo de Beigbeder», convencido de que se quedará en el Ministerio de Asuntos Exteriores⁵³. Aquí Hoare no dio pruebas de su reputada sagacidad. Cegado por la aparente facilidad de obtener información, informa a lord Halifax de una guerra sorda para el poder entre Beigbeder y Serrano Súñer, diciendo que él, Hoare, cree que aquél saldrá victorioso. Cree esto a pesar de la intensa persecución sufrida por algunos miembros de la comunidad inglesa residente en España:

«Me traen casi loco las repetidas injusticias contra ciudadanos británicos.»

escribe el 1 de octubre de 1940⁵⁴.

Por sus fuentes, Hoare puede informar a Londres que el falangista y proalemán ministro del Aire, general Yagüe, había sido destituido

⁵¹ J. M. DOUSSINAGUE: *España tenía razón*, Madrid (Espasa-Calpe), 1949, p. 39.

⁵² HOARE: *Ambassador on Special Mission*, p. 50.

⁵³ «Templewood Papers», XIII, 26.

⁵⁴ *Ibid.*

por, entre otras cosas, recibir una cantidad enorme de Berlín para distribuir entre el Ejército, y que el ministro sin Cartera, Sánchez Mazas, había caído en desgracia también por recibir dinero de Italia⁵⁵. El que estos informes quizá fuesen nada más que comidillas indica las dificultades de Hoare al tratar de recoger información en un país cuyas fuentes de comunicación estaban amordazadas.

La nueva combinación de mandos, que en la opinión del Foreign Office significaba que los políticamente moderados generales cooperaban para impedir la entrada de España en la guerra, no pudo dar sino inmensa satisfacción a Hoare, aun si la decisión de nombrar a Aranda jefe supremo del Estado Mayor Central fue cambiada al último momento. Otro triunfo fue la cancelación de la parada de fuerzas militares alemanas en San Sebastián⁵⁶. En su conversación final con Hoare, Beigbeder le aseguró que el Ejército constituía el principal baluarte contra la aventura de una guerra⁵⁷. Hoare pudo tener fe en esa aseverancia al enterarse del mensaje de Gascoigne, cónsul general inglés en Tánger, quien informó el 24 de octubre de la firma de un manifiesto por varios altos mandos—incluso los generales Ponte, Aranda y García Escámez—contra la entrada en la guerra⁵⁸.

Esta fe en el Ejército es lo que le llevó a Hoare, aun después de la caída de Beigbeder, a seguir teniendo confianza en sus habilidades. Avisó al nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Eden, que Beigbeder proyectaba una guerra de guerrillas, que estaba preparado a sublevarse y adoptar el cargo de regente y que quería fomentar un movimiento antialemán en Marruecos. Cuántas reuniones entre Beigbeder y Hoare y Malley tuvieron lugar, hasta qué punto la organización pasó de ser sólo unos conciliábulos, no se puede saber. El hecho es que Hoare sí la tuvo muy en serio⁵⁹. Es probable también que Hoare siguiese con interés el proyecto de golpe de Estado proyectado por el general Aranda. Dos informes hablan de esta conspiración: Charles Foltz, corresponsal de la United Press, y el ex jefe anarquista del IV Cuerpo de Ejército de la República, Cipriano Mera, quien recuerda

⁵⁵ Foreign Office C7164/40/41.

⁵⁶ Foreign Office C7778/40/41. En sus inéditas segundas memorias sobre España (*My Third Mission*, Ch. 6), HOARE recuerda que la banda militar alemana llegó antes de cancelarse el desfile, prosiguiendo a demostrar su tacto diplomático tocando el Himno de Riego, creyendo que éste era el Himno Nacional de España («Templewood Papers»).

⁵⁷ Foreign Office C11460/40/41 del 22 de octubre de 1940.

⁵⁸ Foreign Office C11421/16/28.

⁵⁹ «Templewood Papers», XIII, 18 y 21. Debe haber documentos en el archivo del Foreign Office, pero han sido quitados del legajo. En cambio puede ser que los documentos no sean más que copias de los que existen en los «Templewood Papers».

que el general quiso ponerse en relación con la clandestina CNT con respecto a su conspiración⁶⁰.

Hoare casi no menciona a Aranda en su libro, ni hemos encontrado su nombre en los papeles privados. Como siempre, puede deberse esto a la no existencia de documentos informadores o al que éstos hayan sido cuidadosamente quitados de sus legajos y carpetas. En cambio, tenemos a tercera mano una información según la cual el Servicio de Información Militar inglesa apoyaba (¿cómo?, ¿con dinero o armas?, ¿con promesas y vagas muestras de interés?) una conspiración de Aranda a favor de una restauración monárquica, apoyo que fue retirado cuando era necesario recibir la cooperación de Franco en el momento del desembarco en Africa del Norte en noviembre de 1942⁶¹.

En resumidas cuentas, la acusación de que Hoare era un serio pescador en río revuelto recibe sólo el apoyo de sus conversaciones con Beigbeder y quizá a sus costumbres de hablar con todos e informar a Londres de las nimiedades de la política interior, pequeñeces que las mentes del Foreign Office, más alejadas del torbellino, descontaban⁶². Claro que llegaban a Serrano Súñer las noticias de estas actividades, las cuales no le podían caer en gracia.

IX

Volviendo a los meses vitales del verano y otoño de 1940, Hoare dedicó sus esfuerzos a ensalzar la posición moral y estratégica de Gran Bretaña, conciliar los medios de comunicación de su país y poner las relaciones comerciales entre España e Inglaterra sobre una base mutuamente aceptada.

En puridad, la niebla propagandística era tan densa, que en España no se podía disfrutar de noticias muy fidedignas sobre la situación en Inglaterra, aislada de Europa por la fulgurante conquista alemana. Berlín pidió a su embajador en Madrid un informe sobre la moral británica, como si Stohrer pudiese informar sobre el tema desde España con alguna exactitud. La contestación era lo que se podía esperar: era muy difícil, los diarios ingleses llegaban infrecuentemente (esto confirma las quejas de Hoare sobre la mala distribución de la

⁶⁰ *Masquerade in Spain*, Houghton Mifflin (Boston), 1948, p. 129, y *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, Ruedo Ibérico (París), 1976, p. 273.

⁶¹ R. HARRIS SMITH: *The OSS*, Berkeley and Los Angeles (Univ. California Press), 1972, página 78. Hillgarth mencionaría el asunto a Solberg, jefe de la OSS estadounidense en Lisboa.

⁶² Informes de HOARE de conversaciones habidas archivados en C11531 y C11018/9560/41 del Foreign Office, con fecha de 29 de octubre de 1940.

prensa inglesa), no había agentes españoles en Gran Bretaña y el duque de Alba, embajador de España en Londres, no informaba⁶³. Diremos que parecía improbable que no hubiese agentes en Inglaterra. El hecho es que Alba sí informaba, pero los informes demostraban una gran confianza —«fe ciega», según un autor— en la victoria inglesa⁶⁴. Los diplomáticos alemanes sí informaron a Berlín el 20 de julio que Alba había telegrafiado a Madrid que Gran Bretaña estaba resuelta a no ceder, que su producción de aviones aumentaba a ritmo veloz, que había posibilidades de ayuda de los Estados Unidos y que la moral de la población estaba alta y belicosa⁶⁵.

Esta clase de informe desde Londres —seguramente comunicado a Hoare por Beigbeder— no podía sino fortalecer a sir Samuel en sus esfuerzos. El inminente colapso de Gran Bretaña, previsto en junio, no parecía tan cerca en septiembre, a raíz del fracaso del *Luftwaffe* en la batalla aérea y de los triunfos ingleses sobre los italianos en Africa⁶⁶. En carta a Churchill del 22 de julio, juzgaba Hoare que las altas esferas militares en España no juzgaban que una invasión alemana de Inglaterra resultara un éxito⁶⁷.

Ayudado en su trabajo por los canales de información pública de Gran Bretaña, menos lo era por la actitud de éstos para con España y él mismo. Viejo y experimentado político, Hoare no vaciló en escribir directamente a los redactores de los diarios. A los liberales *News Chronicle* y *Manchester Guardian* explicó lo que estaba tratando de hacer, es decir, influenciar y potenciar las facciones españolas opuestas a la entrada en la guerra al lado del Eje⁶⁸. Se dirigió a la BBC pidiendo una mejora en los servicios radiados a España. Igualmente escribió al *Daily Express*, conservador, pero antifranquista, y, por fin, a *The Times*. Se quejaba Hoare de que el más influyente diario no hiciese caso de España. Hoare explicó que España no tenía mucho entusiasmo para entrar en la guerra y que no se hallaba irrevocablemente ligada al Eje. Lo que hacía falta, insinuaba Hoare, era un artículo-clave que demostrase comprensión para España⁶⁹. Hoare sabía que, fuera de Inglaterra, todos creían no sólo que *The Times* era portavoz del gobierno inglés, sino también que los otros diarios publicaban sólo lo que les señalaba el gobierno, máxime en días de guerra.

⁶³ GD. Serie D, tomo X, núms. 191 y 225.

⁶⁴ RODRÍGUEZ-MOÑINO, pp. 70, 73 y 114.

⁶⁵ GD. Serie D, tomo X, núm. 197.

⁶⁶ Carta de Hoare a Earl Winterton, archivada en «Templewood Papers», XIII, 2.

⁶⁷ «Templewood Papers», XIII, 16.

⁶⁸ «Templewood Papers», XIII, 2, 12 de julio de 1940.

⁶⁹ *Ibid.*

Esto explica en parte el enfado de Hoare cuando el *Daily Mirror* y el *Sunday Pictorial* le criticaron como pro fascista⁷⁰.

Los diarios prometieron hacer lo que podían, aunque *The Times* se quejó de que su corresponsal en Madrid, De Caux, hubiese sufrido dura persecución. Por lo que se refiere al *Daily Express*, era un diario importante por ser no sólo de gran tirada, sino de actitud más bien conservadora, cuyo propietario era lord Beaverbrook, el millonario canadiense, ministro de Producción Aérea y amigo, consejero y hasta apoyo financiero de Hoare. Beaverbrook, por antisocialista que fuese, había escrito en 1938 que simpatizaba con la República y que estaba opuesto a cualquier forma de fascismo⁷¹. Pero en contestación al deseo expuesto por su protegido Hoare, quien le escribió

«Si no fuera por usted no hubiera venido»⁷².

Beaverbrook instruyó a los redactores que dejaran de atacar al régimen español⁷³.

Hoare, aislado en Madrid, tenía que explicar al gobierno inglés, acosado por tremendas y dramáticas responsabilidades, en expectación tensa de una invasión, y pasando la noche en blanco en los refugios antiaéreos, que España debía ser tratada en amigo y no en enemigo en ciernes. Esto explica la rabia experimentada por Hoare cuando descubrió que el ministro de Guerra inglés tenía montado un servicio de espionaje en España⁷⁴. Hoare sabía naturalmente que Inglaterra necesitaba información militar, pero consideraba que su *Special Mission* incluía la recogida de información, y por eso tenía este servicio dirigido por el capitán Hillgarth, su agregado naval⁷⁵.

Verdadero e íntimo enfado tenía Hoare por la permanencia en Inglaterra del ex presidente del Consejo de la República, el doctor Negrín. Este había venido en junio de 1940, junto con Méndez Aspe, ex ministro de Hacienda, y Casares Quiroga. Hoare se obsesiona con Negrín, vuelve al ataque una y otra vez, hasta que el Foreign Office termina comentando que su embajador estaba exagerando la importancia de la presencia de Negrín en Inglaterra y que se le había sugestionado al duque de Alba que Negrín era menos peligroso en Inglaterra, donde tenía

⁷⁰ *Ibid.*, XIII, 16.

⁷¹ Véase A. J. P. TAYLOR: *Beaverbrook*, London (Hamish Hamilton), 1972, p. 381.

⁷² «Beaverbrook Papers», 29 de agosto de 1940.

⁷³ TAYLOR, p. 435.

⁷⁴ La negativa de Hoare de aceptar esa clase de actividad es confirmada por Peter Kemp, ex alférez de Legionarios en la guerra civil, que pertenecía a un grupo de guerrilleros que se preparaban para actuar en España cuando los alemanes invadiesen [P. KEMP: *No colours or crest*, London (Cassell), 1958, pp. 27-28].

⁷⁵ Foreign Office C7501/7501/41.

prohibida la actividad política, que en América⁷⁶. En otra parte, Hoare se refiere a Negrín como «canalla» (*riffraff*), y cuando es cuestión de presentar a Franco el avión en el que viajó desde Canarias a Marruecos el 18 de julio de 1936, Hoare observa que mejor regalo sería la expulsión de Negrín⁷⁷.

De hecho, el Foreign Office no podía conseguir un visado para Negrín de los Estados Unidos, y permaneció en Inglaterra hasta final de la guerra. Pero Londres rechazó repetidas ofertas de grupos españoles exiliados que se ofrecían a tomar parte en una posible actividad contra España, si este país entrara en la guerra. El coronel Bayo, por ejemplo, ofreció montar una escuela de vuelo en Cuba para formar pilotos de las Fuerzas Aéreas Reales⁷⁸.

Aparte de no permitir la creencia de que Inglaterra fuera vencida, Hoare tuvo que representar la posición oficial inglesa en la espinosa cuestión de los *Navicerts*.

X

Podemos considerar que la mayor contribución de Hoare fue la de esquivar los escollos en las relaciones anglo-hispanas en el epígrafe de las cuestiones comerciales, concretamente en la parte correspondiente a las importaciones españolas de alimentos.

Ya en 1940, después de largas conversaciones, se había llegado a un acuerdo para poner las relaciones comerciales en buen camino (véase *supra* y nota núm. 18). Según los acuerdos, Inglaterra prestó a España una cantidad para permitir el comienzo del reintegro de deudas. Los detalles incluían una concesión por parte del gobierno español en el sentido de permitir la importación de prensa inglesa y así restaurar un poco el balance propagandístico. También se admitió un control sobre las exportaciones españolas para que Gran Bretaña se asegurase de que no se estaba reexportándolas al Eje.

Una de las primeras visitas, entonces, que recibió Demetrio Carceller, al tomar la cartera de Industria el 16 de octubre de 1940, fue Hoare. El embajador hizo en seguida las migas con el jerarca falangista, escribiendo:

«Entre nosotros creamos una buena voluntad industrial y comercial»⁷⁹.

⁷⁶ *Ibid.*

⁷⁷ «Templewood Papers», XIII, 20.

⁷⁸ Foreign Office C11212/10222/41 del 18 de octubre de 1940.

⁷⁹ HOARE: *Ambassador on Special Mission*, pp. 99-100.

El sistema de *Navicerts*, originalmente introducido en 1916 para controlar el comercio entre Estados Unidos y Suecia, fue empleado en la Segunda Guerra Mundial. El bloqueo, protagonizado por Gran Bretaña como su esencial táctica comercial contra Alemania, fue extendido en verano de 1940. Se hizo obligatorio la posesión de un certificado en el caso de toda mercancía consignada a un puerto europeo y ciertos puertos del litoral norteafricano. Cuando se hubiese consignado un *Navicert* para cada ítem de la mercancía, se obtenía un certificado para el barco entero. Estas medidas, tan restrictivas para los países neutrales, iban encaminadas a asegurar que estos buques mercantes no abasteciesen al enemigo. Como dijo el doctor Dalton, ministro de Guerra Económica, en la Cámara de los Comunes,

«Donde los abastecimientos pueden llegar a países neutrales sin el riesgo de caer en manos enemigas, daremos los *Navicerts* que permitan importaciones adecuadas para el comercio interior, pero no para reexportar a otros países»⁸⁰.

España era uno de doce países europeos, Marruecos, Turquía, Liberia, Siria y varios latinoamericanos, a quienes afectaba la medida. Es natural que se había que apretar las tuercas aún más al llegar Hitler a los Pirineos y al entrar Italia en la guerra. Pero debemos hacer hincapié en que, desde su llegada, Hoare no cesó de dirigirse al Foreign Office y al Departamento de Comercio insistiendo en que una actitud más comprensiva referente a las importaciones de alimentos no podría sino beneficiar a Inglaterra. Escribe

«Es absolutamente vital actuar y actuar de prisa si queremos impedir que las fuerzas antialiadadas lleven la ventaja.»

al Departamento de Comercio el 26 de junio de 1940⁸¹. Y a lord Halifax le aconseja:

«Deberíamos decidir claramente qué podemos hacer para impedir la muerte por hambre de España»⁸².

Cristaliza la cuestión en un oficio del 15 de agosto de 1940:

«¿Cómo podemos emplear el gran instrumento del bloque con todos sus efectos, si permitimos a España importar material que pueda ir a Alemania o a Italia? ¿Cómo podemos impedir un alud

⁸⁰ W. MEDLICOTT: *The Economic Blockade*, London (HMSO y Longman's Green y Co.), 1952, tomo 1, p. 435.

⁸¹ «Templewood Papers».

⁸² HOARE: *Ambassador on Special Mission*, p. 37.

MICHAEL ALPERT

de caos que llevaría al dominio alemán en España si no permitimos a este país lo esencial para mantener la vida?»

Dalton, el laborista, miembro de la coalición churchilliana, comenta:

«No podemos permitir que los temores de sir Samuel Hoare nos hagan un chantaje. En cambio, debemos dejar a España un abastecimiento razonable»⁸³.

Pero Hoare no cesa de quejarse del legalismo del Ministerio de Guerra Económica y sigue acusando a Dalton⁸⁴. Este, por su parte, observó:

«El (Hoare) quiere mantenerles (a España) en buen humor. Yo quiero asegurarle el mínimo»⁸⁵.

Por supuesto, para Hoare, España era el centro de su actividad. Para Dalton, era uno de muchos países neutrales.

Ningún encono entonces hacia España, ni de Hoare ni aun del laborista Dalton. Los dos servían a su país, los dos querían proveer a España de lo que necesitaba. Surgían dudas por la falta de información, por carencia de barcos mercantes y por temores a las intenciones de España, especialmente después de la invasión de Tánger del 14 de junio de 1940, la declaración de la no beligerancia para sustituir a la neutralidad y la insistente propaganda antibritánica y pro Eje.

El problema de los alimentos tuvo que ser solucionado en largas y penosas reuniones. El 6 de septiembre de 1940, Hoare telegrafió a Londres que, habida cuenta de la desastrosa situación, no había riesgo de una reexportación de cereales. El Foreign Office, entonces, el día 17, acepta el cálculo del gobierno español. Falta un millón de toneladas de trigo por año. Los *Navicerts* fueron concedidos⁸⁶. El día 18 de diciembre, Hoare pidió a Londres que dejara hacerse a la mar cuatro buques cargados de trigo por la Cruz Roja Estadounidense⁸⁷. Zarparon en el nuevo año. El 2 de abril de 1941 se permitió zarpar 43 barcos a España y se expendió *Navicerts* para 250.000 toneladas más⁸⁸. Además, se concedió un préstamo especial de dos millones de libras, pero con la condición de dar plena publicidad a la concesión. El 3 de diciem-

⁸³ Citas de Medlicott, I, 531.

⁸⁴ Carta de Beaverbrook de 6 de septiembre, 1940, «Templewood Papers», XIII, 17.

⁸⁵ *Dalton Papers*, 1940, citado por Dilks, p. 326.

⁸⁶ Foreign Office C10188/112/41.

⁸⁷ *Ibid.* C13633/30/41.

⁸⁸ DALTON, en *The Times* del 7 de mayo de 1941.

bre, Hoare entrevistó a Serrano Súñer, el cual dio órdenes a la prensa para que modificara su actitud pro Eje ⁸⁹.

Si los *Navicerts* concedidos fueron insuficientes ⁹⁰, si había que hacer presión sobre los funcionarios españoles y recordarles la adulación de Hitler que se leía en la prensa madrileña ⁹¹, si la existencia del mercado negro justificaba la obstinación inglesa, son cuestiones que requieren un detallado análisis económico. Sigue siendo verdad que Hoare hizo lo imposible para persuadir a Londres de la situación española. En vista de la manifiesta actitud hostil y pro Eje de Franco y de Serrano Súñer, cualquier otra toma de posición de Hoare hubiera sido incomprensible.

XI

Los esfuerzos de Hoare deben ser considerados en el marco de las visitas de Serrano Súñer a Alemania en septiembre y noviembre de 1940, y la reunión entre Hitler y Franco en Hendaya en octubre.

La primera visita de Súñer fue en septiembre. En Berlín presentó las reivindicaciones españolas en Africa del Norte, dándose cuenta de que Alemania no tenía intención de conceder nada ⁹². Ribbentrop, ministro de Asuntos Exteriores alemán, pidió bases en Río de Oro y en Fernando Poo y no vaciló en pedir una en Canarias ⁹³. El resultado de la visita era nulo. Hitler no insistió, diciendo al conde Ciano que la intervención de España

«Me costaría más de lo que vale» ⁹⁴.

Al volver a España, Serrano pasa por Roma, donde Mussolini le dice que Italia no puede ayudar a llenar el déficit español de alimentos. Ciano culpa la negativa española de entrar en la guerra a los groseros modales de los alemanes ⁹⁵.

Entre la vuelta de Serrano y su nombramiento como ministro de Asuntos Exteriores, Churchill pronuncia un discurso en que recuerda la larga amistad anglo-española y el

⁸⁹ Foreign Office C13002/30/41.

⁹⁰ Tal es la opinión del hispanista George Hilla (carta del 5 de mayo de 1977).

⁹¹ Véase el libro de sir JOHN LOMAX, consejero comercial en Madrid en los años 1940-1941: *The Diplomatic Smuggler*, London (Arthur Barker), 1965, p. 76.

⁹² SERRANO SÚÑER, 152-153.

⁹³ *Ibid.*

⁹⁴ Ciano's *Diaries 1939-1943* (Ed. Muggeridge), London (Heinemann), 1947, p. 294.

⁹⁵ CIANO, p. 330.

MICHAEL ALPERT

«período glorioso en nuestra historia cuando nos pusimos entre los españoles y el dominio extranjero. No buscamos sino que España no se haga un canal de suministros a nuestros mortales enemigos. Como en los días de la Guerra de Independencia, los intereses y la política de Gran Bretaña se basan sobre la independencia y la unidad de España, y anticipamos verla asumir el lugar que le corresponde como una gran potencia mediterránea y un miembro célebre de la familia europea y cristiana»⁹⁶.

Sobre Hendaya, parece que hoy es cuestión de quién, entre los consejeros de Franco, Serrano o Carrero Blanco, era más opuesto a la entrada en la guerra⁹⁷. El hecho es que Franco y Serrano hicieron las mismas demandas excesivas que antes, demandas que, según el embajador Hayes, Franco estuvo muy aliviado que Hitler se negó a considerar⁹⁸. Según Serrano, eran

«habiles pretextos diplomáticos»⁹⁹.

En estos momentos parece que Hoare no está completamente al corriente del estado de cosas. Se le nota un agudo pesimismo. El 25 de octubre de 1940 se dirige en tono apologético a lord Halifax, temeroso de que le esté

«importunando demasiado»¹⁰⁰.

como si se diera cuenta de que el Foreign Office sabe muy bien que España no puede hacer la guerra mientras funcione el bloqueo. Hoare sigue siendo pesimista, aunque quizá también por motivos personales. Ya sabe que le tienen apartado en Madrid, donde ha trabajado demasiado bien, y que con Churchill en la poltrona del primer ministro, se ha esfumado el sueño de verse entronado con fasto virreinal en Nueva Delhi. Además, tiene abandonada su circunscripción electoral de Chelsea. ¿Cuál puede ser su futuro? Es la depresión que le asaltó al caer el gobierno Chamberlain.

⁹⁶ *The Times*, 9 de octubre de 1940.

⁹⁷ Véase artículos de Serrano en *La Vanguardia Española* del 21 de enero y días siguientes de 1976, y cartas entre López Rodó y André Fontaine en *ABC* (edición aérea) del 1 de enero de 1976.

⁹⁸ CARLTON HAYES: *Wartime Mission in Spain*, MacMillan (New York), 1945, p. 65.

⁹⁹ *ABC*, 1 de enero de 1976.

¹⁰⁰ «Templewood Papers», XIII, 20.

XII

En su reunión con Hitler en noviembre de 1940, Serrano observa:

«En estas últimas semanas he apreciado una notable elevación en la moral de todos los elementos simpatizantes con la causa inglesa, que está indudablemente basada en las dificultades bien notorias, que presenta actualmente un ataque decisivo contra Inglaterra»¹⁰¹.

La «notoriedad» de estas dificultades se debía quizá a la labor constante de Hoare, a sus continuos viajes, sus discursos a las comunidades inglesas, su propaganda entre el clero, sus visitas a ministros, militares, industriales y a cualquiera que le atienda, y a la impresión falsa que daba de poder abrir personalmente el grifo de los abastecimientos. Las tres reuniones de líderes españoles y alemanes habían desembocado en tres órdenes del Führer: el 10 de diciembre de 1940, para el aplazamiento de Operación Félix, contra Gibraltar; el 13, para un ataque hacia Grecia, y el 18, la de Operación Barbarroja, con dirección hacia Rusia.

Unos cuantos días antes, Churchill había sido huésped de honor en la embajada española, donde el duque de Alba cuidadosamente informó a Madrid de que el *premier* inglés había declarado querer mantener con España

«las mejores y más amistosas relaciones»¹⁰².

Podemos aceptar que Franco había decidido contra la guerra. El que importantes sectores de la opinión española estuviesen de acuerdo se debe quizá a los esfuerzos de sir Samuel Hoare.

MICHAEL ALPERT

¹⁰¹ «Serrano Suárez con Hitler», en *Historia y Vida*, junio de 1973, núm. 63.

¹⁰² RODRÍGUEZ-MOÑINO, p. 27.

